

¡
Venga tu Reino!

INICIO DE AÑO ACADÉMICO 2013

Cristian Nazer Astorga

El verdadero e íntimo origen de la Universidad está en el afán de conocimiento, que es propio del hombre. Quiere saber qué es todo lo que le rodea. Quiere la verdad.

Estimado Presidente del Consejo Superior de la Universidad, Sr. Arturo Mackenna; estimado ex Rector, Nicolás Cubillos Sigall; miembros del Consejo Superior, estimados Decanos y Directores,; muy queridos profesores, administrativos y alumnos; queridos amigos que nos acompañan en esta sencilla, pero significativa ceremonia.

He querido iniciar este discurso con unas palabras que iban a ser leídas por el Papa Benedicto XVI en el frustrado discurso de la Universidad de La Sapienza hace 5 años. Creo que cuando se está de aniversario, y uno tan especial como el que celebramos este año, es sano regresar a los orígenes. Nuestra Universidad es un eslabón más en la larga cadena de comunidades de profesores y estudiantes que por casi mil años se ha ido extendiendo a lo largo y a lo ancho del mundo. Por ello, me pareció oportuno recordar cuál fue la motivación inicial de esos hombres que los primeros años del segundo milenio, allá en Bolonia, se reunieron *como comunidad en el arte de enseñar y de aprender*, para juntos contestarse las preguntas más esenciales de la propia existencia y constituir por primera vez el *Alma Mater*. Hoy, en el inicio de tercer milenio, quizá muchas de esas preguntas sigan sin una respuesta definitiva, lo cual nos habla de la casi inabarcable grandeza de la verdad. Lo cual no ha de ser motivo de frustración sino de renovada esperanza en las capacidades del ser humano para abrirse a los horizontes amplísimos del conocimiento.

Cumplimos 25 años de vida. Muchos me han oído decir que uno de los primeros consejos que recibí de un sabio rector con el que me tocó iniciar mi vida universitaria es el no dejar nunca de tener en mente que las universidades no pueden ser medidas en años o décadas, ya que están llamadas, por su naturaleza, a proyectarse en los siglos. Así que estamos entrando al segundo cuarto de nuestro primer siglo, somos una muy joven universidad. Esta realidad, quizá hace que sea complejo el andar de las universidades. En un mundo de lo inmediato, de la solución ágil, caminamos como la tortuga en carrera con la liebre; y eso puede que a algunos les cause molestia, o al menos incomodidad. Cómo compatibilizar la aceleración a la que nos invita nuestra sociedad con la necesaria calma que debe impregnar los procesos de contemplación y profundización en el vasto océano de la verdad. Si vamos muy rápido corremos el riesgo de pasar por alto muchos detalles que pueden ser la clave de interpretación de la realidad, si vamos muy lento, podemos encontrar las respuestas cuando ya sea muy tarde y no tengamos ya dónde aplicarlas.

En esta tensión entre la contemplación y la acción creo que un factor determinante para mantener el equilibrio es tener muy claro el ideal, aquello que nos mueve, y volver una y otra vez sobre el punto. Sólo así caminaremos al ritmo de los tiempos sin desorientarnos. Por eso mi invitación en este primer mensaje como rector de volver a los orígenes, no para detenernos infecundamente, sino para renovar aquellas motivaciones más profundas que entusiasman y animan a hacer grandes cosas. Ya lo dice Jesús en el Evangelio “[?]de qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?” (Mt. 16,26). Se trata de ser una gran universidad, sin perder de vista el núcleo que nos constituye como universidad y que da dirección y sentido a toda nuestra actividad.

La Universidad Finis Terrae en estos 25 años ha ido construyendo con mucha seriedad un proyecto educativo que ofrece al país profesionales bien preparados y comprometidos con la sociedad. Es un trabajo en permanente dinamismo sustentado en una misión que mira a la persona como su centro, con la consciencia de que es ahí donde se realizan los cambios profundos, donde se ponen las bases sólidas del desarrollo futuro.

A lo largo de estos años son muchas las personas que han contribuido con su trabajo a edificar esta gran obra. Fueron hombres visionarios quienes hace ya más de 30 años vieron en este proyecto educativo una manera concreta de contribuir al país y se entregaron desinteresadamente a la labor de ofrecer a los jóvenes nuevas oportunidades de desarrollo. A ellos se fueron añadiendo hombres y mujeres que buscaban, y buscan, dar a sus vidas un sentido profundo, ese sentido que viene sólo cuando estamos dispuestos a hacer algo por el otro, cuando salimos de nuestro egoísmo, para abrazar al hermano; hombres y mujeres que se constituyen así en maestros de vida. Lo que es hoy la Universidad Finis Terrae es fruto de muchas voluntades que con esfuerzo, y mucho amor, han levantado, piedra a piedra, este edificio. Y esto me recuerda una hermosa afirmación de San Pedro, quien dice a la comunidad que todas las personas son como “*pedras vivas*” (1Pedro 2,5) que construyen el templo. Lo más importante de la Universidad no son los edificios, sino lo que se edifica con la propia vida. Ciertamente, mucho más importantes que los muros y los espacios, son las personas.

Hoy es de justicia reconocer la entrega y profesionalismo con la que mi predecesor, Nicolás Cubillos, guió los pasos de nuestra universidad por tres años y medio. Muchas gracias Nicolás por la dedicación en cuerpo y alma a la tarea de construir una universidad que como ha mencionado el Presidente del Consejo Superior ha logrado importantes hitos en muy poco tiempo. Doy fe, porque me tocó vivirlo de muy cerca, del cariño con que realizaste tu labor, que no era un trabajo sino una verdadera vocación y eso es un ejemplo que espero poder imitar. Muchas gracias por tu entrega.

Hace casi 6 años pisé por primera vez la Universidad Finis Terrae. Debo reconocer que en ese momento sabía poco y nada de ella, venía con ilusión, pero debo ser honesto, también con temor. Eran momentos delicados, de transición, y eso siempre supone riesgos. Lo que encontré me cautivó. Alumnos altamente satisfechos con su universidad, profesores muy cualificados y con un gran amor por la docencia, directivos y colaboradores entusiasmados con el proyecto. Entre todos hemos ido develando el verdadero secreto de la Finis Terrae: hay un genuino interés por la persona que encuentra su manifestación más loable en la centralidad que tienen nuestros alumnos en todos

nuestros procesos, nuestras reflexiones, nuestro quehacer cotidiano. Quizá el ser pequeños ha contribuido a que la atención personalizada no sea sólo un eslogan sino una realidad reconocida y valorada por todos, pero estoy seguro que no es sólo el tamaño, hay organizaciones mucho más pequeñas en que esto no se da. No, en el fondo hay una convicción que está anidada en lo más íntimo de nuestros corazones: el bien desinteresado por el otro. Y esto es contagioso y “entusiasmante”.

Seis años me han enseñado a amar a esta universidad. Y no como un ente abstracto, “la Universidad”, sino como un organismo que se concreta en cada una de las personas que día a día hacen de esta, su casa. He podido observar cómo cada vez más nos preocupa, y ocupa, el corazón de toda universidad, su academia, cómo hemos ido construyendo una estructura que permita cumplir con más empuje nuestra misión; cómo no hemos dejado de pensar en ningún momento, al contrario, cada vez más, en el bien integral de nuestros alumnos.

En estas primeras semanas, varios de ustedes me han dicho que se me ve contento. Y es cierto. Y no lo es por el cargo, que en ningún momento he buscado; sino porque veo cada vez con mayor claridad que tenemos entre manos un gran proyecto, un maravilloso proyecto. No estoy contento por mí, sino por mi Finis Terrae. Creo en ella y quisiera invitarles a compartir conmigo esta convicción. Juntos podemos hacer de nuestra casa de estudios una gran universidad, quizá no por su tamaño, pero sí por la calidad de sus alumnos y egresados; así como también de sus académicos y administrativos, esa comunidad estable de la Universidad que permanece a lo largo de los años y hace realidad el proyecto día a día.

En nuestro plan estratégico 2011-2015 se nos trazan las grandes, e irrenunciables, líneas para lograrlo: **crecimiento, posicionamiento, vinculación con el medio y financiamiento**. Quisiera proponerles que, *creando una verdadera comunidad*, recorramos juntos este camino, y sigamos *fortaleciendo nuestra academia, institucionalizando los procesos y consolidando la infraestructura*, para poder ofrecer a nuestros alumnos una formación verdaderamente integral. Estas son, si pudiéramos llamarlas así, mis prioridades o verbos: *crear, fortalecer, institucionalizar, consolidar*. Permítanme quitarles un poco más de su tiempo, y detallar brevemente cada una de ellas, dejando para el final la que a mi juicio es la más importante.

Siendo el fin de la universidad la búsqueda de la verdad, es un deber y una necesidad indeclinable el que sigamos trabajando en pos del **fortalecimiento académico**. Y para ello, algunas tareas pendientes que tendremos que abordar en estos años son: a) la revisión e impulso del Modelo Formativo Finis Terrae al egresar su primera generación, haciendo énfasis en la formación integral de los alumnos; b) fortalecer en nuestros egresados la capacidad de liderazgo, asociado una sólida formación ética y a un fuerte compromiso social; c) ampliar la cobertura de los programas de nivelación y remediales como muestra de nuestro compromiso con una educación de calidad; d) fortalecer los sistemas de movilidad estudiantil y de doble titulación; e) aumentar el número de profesores de jornada para fortalecer nuestra planta académica; f) elaborar un plan de carrera docente y perfeccionar los procesos de jerarquización académica; g) incentivar el perfeccionamiento continuo de nuestros profesores en el ámbito de las metodologías, didácticas y procesos de

evaluación; h) continuar impulsando la labor de investigación favoreciendo las publicaciones con impacto en el medio; y i) mantener un crecimiento sostenido del postgrado en calidad y cantidad.

Una segunda tarea de importancia es avanzar en la **institucionalización de los procesos**, logrando la consolidación de una cultura de modelos de calidad y excelencia; de programación y evaluación constante que nos permitan las condiciones para hacer de mejor manera nuestro trabajo. En la medida en que los procesos estén más afinados tendremos más tiempo y energías para ocuparnos del núcleo de nuestra misión: la formación integral de nuestros alumnos. Los procesos claramente están en función de la misión y no son fines en sí mismos, pero a la vez constituyen una condición necesaria para avanzar en el ideal, y por tanto debemos ocuparnos de ellos.

En tercer lugar, es necesaria la **consolidación de la infraestructura**. Debemos construir nuevos espacios para la docencia, la investigación y la convivencia universitaria haciendo frente al crecimiento de la universidad y favoreciendo el proceso integral de enseñanza-aprendizaje.

Por último, para que nuestra misión se haga realidad, para que la academia alcance niveles de excelencia y los procesos funcionen adecuadamente contribuyendo a la misión, es vital la **creación de comunidad**. Alguien me pidió, al inicio de mis labores como rector, que definiese en una palabra mi propósito en este cargo, y a riesgo de ser poco original, le respondí “lograr la excelencia”. Y la excelencia pasa necesariamente por mejorar los indicadores duros, tarea ardua y paciente que a la que contribuyen los tres objetivos mencionados anteriormente; pero que queda vacía y por tanto, incumplida, si no trabajamos en este cuarto aspecto de crear comunidad.

La “común unidad” se da, como sugiere la misma palabra, en torno a un ideal y se nutre del mismo. Nuestro ideal se sintetiza en nuestro lema “vencer al mal con el bien” y en nuestro eslogan “ser mejor”. Dos frases motivacionales que ojalá lleguen a ser los motores del actuar de cada uno de los miembros de esta comunidad universitaria. Como bien define la *Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae*, *la universidad es una “comunidad de buscadores de la verdad”* y yo estoy convencido de ello. En este sentido, nuestra universidad debe sentirse orgullosa de ser un lugar donde puedan convivir personas de todos los ámbitos sociales, con ideas y visiones quizá diversas, pero respetuosas del pensar del otro, abiertas a descubrir, juntos, *en común unidad*, la verdad. Es éste uno de los grandes valores de la universidad, término que si bien indica universalidad, -y cito palabras de Juan Pablo II en la Universidad de Bolonia- no lo hace en el sentido *“que deba abarcar el abanico completo de todas las disciplinas, sino en el sentido de que en ella toda ciencia debe ser cultivada con espíritu de universalidad, es decir, con la conciencia de que cada una, aunque diversa, está tan ligada a las demás que no es posible enseñarla fuera del contexto, al menos intencional, de todas las demás”*.

En estos 25 años han egresado de nuestras aulas casi seis mil profesionales que hoy dan un significativo aporte a la sociedad chilena en campos tan variados como la empresa, el derecho, las artes, la educación, la salud, entre otras. Debemos reconocer con alegría que en ellos se ha encarnado el espíritu de la *Finis Terrae* y que son el testimonio más elocuente de que sí es posible realizar la misión; esa misión que a veces nos puede parecer muy encumbrada, lejana. Ahí está,

hecha vida, en cada uno de los que han asumido como suyos los principios y valores de la Universidad Finis Terrae.

De estos valores, y ya lo he mencionado de alguna manera, el más importante sin duda, el que más nos entusiasma, es reconocer en el otro la dignidad de su ser personal. No puede existir verdadera comunidad si antes no hay un reconocimiento claro de la persona en su individualidad. Y aquí nos importa la persona. La fe cristiana afirma que el primer hombre, Adán, recibió el aliento de vida por parte de Dios. La vida que late en cada uno de nosotros es un don de Dios. Dios ha querido la existencia de cada uno de nosotros. Por eso, nuestra vocación más importante son los otros. Allí está lo que Dios ha querido para el mundo: se encuentra en quienes nos rodean. Los demás son el don que recibimos y también la tarea que nos es propuesta. De ahí el valor fundamental, central, incuantificable de la persona.

Por ello, nuestro modelo formativo se sustenta en la formación integral; y por ello, a quienes colaboramos en la universidad, se nos exige un gran espíritu de trabajo en equipo. Esta preocupación por la persona ha desbordado los límites físicos de nuestro campus y hoy se hace patente en muchos proyectos de acción social, de compromiso con los demás, especialmente los más necesitados; que sin duda es una de las características más llamativas de nuestros alumnos y egresados. Tenemos que seguir impulsando el compromiso social de nuestros alumnos, pero no sólo de ellos, sino también de cada uno de los que formamos parte de esta universidad. Y debemos tener claro que nuestro primer compromiso es, sin duda, con quienes forman la “pequeña sociedad” de la propia universidad.

Vuelvo al discurso de Juan Pablo II en Bolonia: *“una forma tan viva y siempre tensa de encarnar el ideal de la universalidad en el conocimiento sólo puede realizarse en una universidad que sea realmente una comunidad de investigación, un lugar de encuentro y de confrontación espiritual hecha con humildad y decisión, donde los hombres que aman el conocimiento aprenden a respetarse, a consultarse, creando un clima cultural y humano que dista tanto de la especialización cerrada y exasperada, como de la generalidad y del relativismo. Los puntos de vista parciales podrán fundirse, no por estar constreñidos dentro de un plan predeterminado, sino porque la escucha recíproca y el contacto asiduo dejan entrever su complementaridad”*.

Tenemos ante nosotros un gran proyecto, y estoy seguro que en muchos de nosotros, si no en todos, existen fuertes convicciones. Trabajemos con esfuerzo y determinación para que, con la ayuda de Dios, este ideal se haga realidad. Creamos en la fuerza que tiene trabajar por el bien del otro y no nos desanimemos ante las dificultades. Vamos en la dirección correcta. Estamos buscando hacer de nuestra Universidad una efectiva “comunidad de buscadores de la verdad”, una comunidad donde cada uno contribuya al crecimiento del otro, ayudándonos a cada día ser mejor: mejores profesionales, mejores profesores, mejores personas.

Acaso conviene aquí recordar la afirmación de Jesús en el Apocalipsis: *“yo hago nuevas todas las cosas”* (21,5). Una de las grandes aportaciones de la fe cristiana ha sido la visión lineal de la historia. La historia no se repite. Siempre es nueva. Cada amanecer nos ofrece un mundo de posibilidades que sólo a nosotros nos corresponde actualizar. La Universidad es también el lugar donde las cosas

pueden ser nuevas cada día, todo el tiempo, para el bien de las personas, de todas y cada una de las personas.

Con palabras de Benedicto XVI en su Encíclica sobre la esperanza les invito a renovar nuestros ideales, porque *“una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo”* (*Spe Salvi*, 24). Nuestra historia, estos 25 años, nos ofrecen una sólida plataforma para mirar con esperanza el futuro, siempre y cuando, en *común unidad*, nos demos a la tarea de seguir construyendo el presente.

En lo personal, ser partícipe de este proyecto es sin duda un privilegio, que entusiasma y que da sentido a mi quehacer de cada día. Ojalá también lo sea para cada uno de los que llevamos el apellido Finis Terrae.

Fortalezcamos la academia, institucionalicemos los procesos, consolidemos la infraestructura, pero por sobre todo creemos comunidad, así la excelencia se hará realidad. Muchas gracias.